

ya puedo apagar la mia. Niños, es preciso dormir; sabed que el no dormir hace abrir la boca. Envolvete bien en la manta, que voy á apagar la mecha. Estais ya?

—Sí, contestó el mayor, estoy muy bien; parece que tenga la cabeza sobre una pluma.

—No se dice cabeza; se dice chichi.

Los dos niños se apretaron uno contra otro.

Gavroche acabó de arreglarlos subiéndoles la manta hasta las orejas, y luego les repitió por tercera vez esta exclamación en lengua hierática:

—Sornad!

Y apagó la luz.

En cuanto se quedaron á oscuras, cierto temblor empezó á conmover el enrejado que cubria á los tres muchachos. Se oían multitud de rozamientos sordos que producian sonido metálico, como si garras ó dientes arañasen la alambreira, y acompañaban á ese ruido gritos insignificantes, pero agudos.

El chiquitin de cinco años al oírlos se quedó helado de espanto y empujó con el codo á su hermano; pero éste "sornaba," ya, como le habia mandado el pilluelo.

Entonces el pequeñuelo, muerto de miedo, se atrevió á interpelar á Gavroche, pero en voz muy baja y conteniendo el aliento:

—Eh!... amiguito!

—Qué quieres? le preguntó Gavroche, que acababa de cerrar los ojos.

—Qué es eso?

—Son las ratas, respondió Gavroche, volviendo á echar la cabeza sobre la estera.

En efecto, las ratas, que pululaban en el esqueleto del elefante y que eran las manchas negras y vivas de que antes nos ocupamos, permanecieron quietas mientras vieron la luz; pero desde el momento que la casa se quedó á oscuras se metieron en la alcoba de Gavroche, trepando hasta el vértice, y mordían las mallas, como si quisieran agujerear aquella armadura de nuevo género.

El chiquitin no podia conciliar el sueño.

—Eh! amiguito! exclamó llamando al pilluelo.

—Qué quieres?

—Qué son ratas?

—Los ratones.

Esta explicación tranquilizó algo al niño. Algunas veces habia visto ratones blancos y no les tenia miedo. Sin embargo, volvió á decir:

—Eh! amiguito!

—Qué? le respondió Gavroche.

—Por qué no tienes un gato?

—Tuve uno, respondió, pero se lo comieron.

Esta segunda explicación deshizo el efecto de la primera y el niño volvió á temblar, de modo que quiso seguir hablando con Gavroche.

—Eh! amiguito!

—Qué?

—A quién se comieron?

—Al gato.

—Quién se lo comió?

—Las ratas.

—Los ratones?

—Sí.

El niño, al que asustaban ratones que se comían á los gatos, exclamó:

—Se nos comerán también á nosotros?

—Vaya! repuso Gavroche.

El terror del chiquitin llegó á su colmo, pero el pilluelo le dijo:

—No tengas miedo, tonto; aquí no pueden entrar los ratones. Además, estoy aquí para preservarte. Dame la mano y calla y duerme.

Gavroche le cogió la mano al pequeñuelo por encima de su hermano; el niño la apretaba y esto le tranquilizó. El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Volvió á quedar la alcoba en silencio; el ruido de las voces asustó y ahuyentó á las ratas, y aunque poco despues volvieron á roer el enrejado, ya estaban los tres muchachos entregados al sueño y no las oían.

Entre tanto iban transcurriendo las horas de la noche. La oscuridad cubria la inmensa plaza de la Bastilla; viento frío de invierno, mezclado con lluvia, se desencadenaba en fuertes ráfagas; las patrullas registraban las puertas, las calles, los árboles, los cercados, los rincones oscuros, buscando á los vagabundos nocturnos, y pasaban por delante del elefante; pero el monstruo en pie, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas, satisfecho de su buena acción, protegía contra el cielo y contra los hombres á los tres pobres niños dormidos.

Para comprender lo que vá á seguir, es preciso recordar que en aquella época el cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro extremo de la plaza, y que lo que pasaba cerca del elefante no podia oírlo ni verlo el centinela.

Una hora antes de rayar el alba salió un hombre corriendo por la calle de San Antonio, atravesó la plaza, dió la vuelta

á la gran empalizada de la columna de Julio y se deslizó por la cerca hasta colocarse bajo el vientre del elefante. Si hubiera luz se hubiera visto que aquel hombre estaba enteramente mojado, lo que haria suponer que la lluvia le habia caído encima durante la noche.

Cuando llegó bajo la barriga del elefante lanzó un grito extraño, que no pertenecía á ninguna lengua humana y que solo podria reproducir un papagayo.

Repitió dicho grito, y al lanzarle la segunda vez, una voz joven, clara y alegre le respondió desde el vientre del elefante:

—Sí!

Casi inmediatamente la tabla que cerraba el agujero se separó y dió paso á un muchacho, que bajó por la pata del elefante y fué á caer cerca del hombre.

Era Gavroche y el que le llamaba Montparnasse.

Al oír el pilluelo el grito se despertó sobresaltado, pero se arrastró fuera de la alcoba, separando un poco el enrejado, que volvió á cerrar despues cuidadosamente: luego abrió la trampa y descendió:

El hombre y el muchacho se reconocieron en la oscuridad.

Montparnasse se limitó á decir:

—Te necesitamos. Ven á ayudarnos.

El pilluelo no pidió más informes y contestó:

—Vamos, pues.

Se dirigieron hácia la calle de San Antonio y serpentearon rápidamente al través de la larga fila de carretas de los hortelanos que á esa hora iban acudiendo ya al mercado.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos y tapados hasta los ojos con las mantas para preservarse lo posible de la lluvia que los azotaba, ni siquiera vieron á los dos extraños transeuntes.

III.

Peripecias de la evasión.

Vamos ahora lo que sucedió aquella misma noche en la cárcel de la Fuerza.

Concertaron una evasión entre Babet, Brujon, Traga-mar y Thenardier, aunque este último estaba incomunicado. Babet la habia dirigido, como puede

comprenderse por las palabras que Montparnasse dijo á Gavroche.

Montparnasse tenia que ayudarles desde fuera.

Como Brujon pasó un mes en el cuarto de corrección, tuvo tiempo para tejer una cuerda y para madurar un plan. En otros tiempos, los lugares severos, en los que la disciplina de la prision entrega al criminal á sí mismo, se componian de cuatro paredes de piedra, de techo de lo mismo, de suelo de baldosas, de una cama de campaña, de un tragaluz enrejado y de una puerta forrada de hierro; se llamaban *calabozos*. Hoy parece horrible esta denominación y se llaman *cuartos de corrección*. El inconveniente que tienen estos cuartos es dejar pensar á los seres á quienes se debiera hacer trabajar.

Brujon, pues, habia reflexionado mucho y salió del cuarto de corrección con una cuerda. Como le consideraban peligroso en el patio de Carlo-Magno, lo trasladaron al Edificio Nuevo, y allí se encontró con Traga-mar y con un clavo: encontrar á Traga-mar quiere decir que encontró el crimen, y encontrar un clavo, encontrar la libertad.

Brujon, aunque aparentaba tener complejion delicada y laxitud profunda, era un criminal inteligente, un ladrón de mirada agradable y de sonrisa atroz. Su mirada era el resultado de su voluntad y su sonrisa el resultado de su naturaleza. Sus primeros estudios del *arte* se dirigieron á los tejados é introdujo grandes progresos en la industria de los rateros de plomos, que levantan las planchas de las azoteas y arrancan los canalones por el procedimiento llamado entre ellos de *grasa doble*.

Lo que en aquel momento favorecia cualquier tentativa de evasión era que los plomeros repasaban y componian parte del empizarrado de la cárcel. El patio de San Bernardo no estaba enteramente aislado del patio de Carlo-Magno ni del patio de San Luis. Habia por la parte más alta andamios y escalas, ó en otros términos, puentes y escaleras por la parte de la libertad.

El Edificio Nuevo, que estaba muy agrietado y decrepito, era el punto más débil de la cárcel. El salitre habia desgastado tanto las paredes, que fué necesario cubrir con un entablado las bóvedas de los dormitorios, porque se desprendian de ellos piedras que caian en las camas de los presos. A pesar de lo dicho, se cometia la falta de encerrar

en el Edificio Nuevo á los acusados más peligrosos.

El Edificio Nuevo tenia cuatro dormitorios superpuestos y una armadura de tejado encima, que se llamaba Buenos-Aires. Ancho tubo de chimenea, que probablemente habria pertenecido á alguna cocina de los duques de la Fuerza, partia del piso bajo, atravesaba los cuatro pisos y cortaba en dos partes todos los dormitorios, figurando un pilar aplinado que pasaba al otro lado del techo.

Traga-mar y Brujon estaban en el mismo dormitorio y por precaucion los encerraron en el piso bajo. La casualidad hizo que la cabecera de sus camas estuviese apoyada en el caño de la susodicha chimenea.

Thenardier estaba precisamente sobre la cabeza de ellos, en la armadura ó cubierta llamada Buenos-Aires.

El observador que se pára en la calle Culture-Sainte-Catherine, más allá del cuartel de los Bomberos, delante de la puerta-cochera de la Casa de Baños, descubre flores y arbustos encajonados, en cuyo fondo se eleva, entre dos alas, una rotonda pequeña y blanca, adornada con postiguillos verdes: el sueño bucólico de Rousseau.

Diez años atrás, aun por encima de esta rotonda, se levantaba una tapia enorme, negra, horrible y desnuda, con la cual estaba unida. Aquella era la pared del camino de la ronda de la Fuerza. Aquel muro, detrás de aquella rotonda, parecia Milton visto por detrás de Berquin. A pesar de la altura del muro, aun excedia á éste un tejado, más negro todavía y que se divisaba más allá. Era el tejado del Edificio Nuevo. Descubriábase en él cuatro buhardillas con rejas, que eran las ventanas de Buenos-Aires. La chimenea que atravesaba el tejado era la que pasaba por los dormitorios.

Buenos-Aires, la amazon superior del Edificio Nuevo, era una especie de desvan grande y abuhardillado, cerrado con triples rejas y con puertas forradas de hierro y tachonadas con desmesurados clavos.

Cuando se entraba en él por la parte del Norte, quedaban á la izquierda los cuatro tragaluzes y á la derecha cuatro cuartos cuadrados, bastante grandes, separados por estrechos corredores de mampostería hasta cierta altura y desde allí hasta el techo por barrotes de hierro.

Thenardier estaba incomunicado en

uno de esos cuartos desde la noche del 3 de Febrero. No sabemos por qué medios adquirió y tenia escondida una botella de cierto vino que, segun dicen, inventó Desrués, que contiene un narcótico, y que la banda de los *Adormecedores* hizo célebre.

La misma noche en que Gavroche recogió á los dos niños perdidos, Brujon y Traga-mar, que sabian que Babet se fugó por la mañana y que con Montparnasse los esperaba en la calle, se levantaron silenciosamente de la cama y empezaron á agujerear con el clavo que encontró Brujon el caño de chimenea en el que se apoyaba la cabecera de su lecho. Los yesones que iban desprendiéndose caian sobre la cama y no producian el menor ruido.

El turbion y el trueno conmovian las puertas sobre sus goznes y producian en la cárcel extrépito horrible y útil para dichos dos operarios.

Algunos presos que se despertaron aparentaron volverse á dormir y dejaron trabajar á Traga-mar y á Brujon. Brujon era diestro y Traga-mar vigoroso, y antes de que llegase ningun ruido al vigilante, acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, habian agujereado el caño, escalado la chimenea, forzado la reja que cerraba el orificio superior y se encontraban en el tejado los dos temibles bandidos.

La lluvia y el viento redoblaban y el tejado estaba resbaladizo.

—Buena rachi (1) para una chalada! (2) dijo Brujon.

Un abismo de seis piés de ancho y de ochenta de profundidad los separaba de la pared de ronda.

En el fondo de dicho abismo veian relucir en la oscuridad el fusil de un centinela.

Ataron por un lado á los pedazos de las barras de la chimenea, que acababan de retorcer, la cuerda que Brujon habia hilado en el calabozo; echaron el otro cabo por encima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se agarraron al caballete del muro, pasaron las piernas por encima, se deslizaron uno tras otro por la cuerda hasta un tejadillo que tocaba en la Casa de Baños, le atravesaron, empujaron el postiguillo del portero, á cuyo lado pendia el cordón, tiraron de éste, abrieron la puerta-cochera y se encontraron en la calle.

(1) Noche.

(2) Fuga.

Solo hacia tres cuartos de hora que se habian levantado de la cama con el clavo en la mano y el proyecto de fuga en el pensamiento.

Poco despues se juntaron con Babet y Montparnasse, que vagaban por los alrededores.

Cuando tiraron de la cuerda se rompió y quedó un pedazo de ella atado á la chimenea del tejado. Solo sufrieron el contratiempo de despellejarse enteramente las manos.

Thenardier estaba prevenido aquella noche y no dormia, por haber recibido el aviso, no se sabe cómo. A la una, á pesar de la nocturna oscuridad, vió pasar dos sombras por el tejado, entre la lluvia y el viento, por delante del tragaluz que daba frente á su calabozo. Una de ellas se detuvo el tiempo suficiente para que la viera Thenardier; éste la conoció; era Brujon.

Thenardier, señalado como á peligro, estaba preso por haber sido acusado de una emboscada nocturna á mano armada, y lo vigilaba un centinela de vista, que lo relevaban cada dos horas, y que se paseaba por delante del calabozo con el fusil cargado. Buenos-Aires estaba alumbrado por un farol.

El preso estaba sujeto por unos grillos de cincuenta libras de peso. Todos los dias, á las cuatro de la tarde, un carcelero, al que escoltaban dos perros de presa, entraba en el calabozo, dejaba cerca de la cama un pan moreno de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla con caldo muy claro, en el que nadaban algunas habichuelas, y reconocia los grillos y los hierros de las rejas. El carcelero volvia por la noche dos veces, siempre acompañado por los perros.

Thenardier pudo conseguir que le permitiesen conservar una escarpia de hierro, que le servia para clavar el pan en una hendidura de la pared, con el objeto, decia, de "preservarle de los ratones".

Como estaba tan vigilado, no tuvieron inconveniente en que conservase la escarpia.

A las dos de aquella madrugada relevaron al centinela, que era un soldado veterano, y lo reemplazaron por un quinto. Momentos despues el carcelero hizo la visita y se retiró, sin notar otra cosa que la extraordinaria juventud del soldado bisoño. Dos horas despues, á las cuatro, al ir á relevar al quinto, se lo encontraron dormido y tendido en el suelo como un madero, cerca del ca-

labozo. Thenardier no estaba ya en el "cuarto de correccion.". Los grillos yacian rotos en tierra. Encontraron un agujero en el techo y otro más arriba en el tejado. Arrancaron una tabla de la cama y habia desaparecido. Vieron dentro del calabozo una botella medio vacía, que encerraba el resto del vino narcotizado que adormeció al centinela; la bayoneta de éste tambien habia desaparecido.

Cuando descubrieron todo esto creyeron que Thenardier estaria ya fuera de alcance. Pero en realidad, si no estaba ya en el Edificio Nuevo, se veia en gran peligro.

Al llegar Thenardier al tejado del Edificio Nuevo encontró el resto de la cuerda de Brujon, que colgaba de la reja de la cubierta superior de la chimenea; pero el cabo roto era muy corto y no pudo evadirse por encima del camino de ronda, como se fugaron Traga-mar y Brujon.

Al pasar de la calle de Ballets á la del Rey de Sicilia se descubre casi de repente una gran rinconada á la derecha; habia allí en el siglo anterior una casa, de la que ya solo queda la pared maestra, verdadera tapia maciza, que se eleva hasta la altura de un tercer piso por entre los edificios contiguos. Distínguese esta ruina por dos grandes ventanas cuadradas, que aun existen. Al través de las referidas ventanas se divisaba entonces alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla del camino de ronda de la Fuerza. El hueco que la casa demolida dejó en la calle le ocupa por mitad una empalizada de tablas podridas, que apuntalan cinco guardacantones de piedra. En dicho cercado se esconde una diminuta casa, apoyada en la pared ruinosa. La empalizada tiene una puerta, que hace algunos años solo cerraba el picaporte. Á la parte alta de dicha pared era donde habia conseguido llegar Thenardier á las tres de la madrugada.

Cómo pudo llegar allí? No se supo, ni se puede explicar. Los relámpagos le habrian auxiliado, molestándole al mismo tiempo. ¿Se aprovechó de las escalas y de los andamios de los pizarreros para pasar de un tejado á otro, de una manzana á otra, de los edificios del patio de Carlo-Magno á los del patio de San Luis, luego al muro de ronda y despues al solar de la calle del Rey de Sicilia? En este trayecto habia soluciones de continuidad que le hacian, al parecer, imposible. ¿Haria servir la tabla de su

cama de puente desde el tejado de Buenos-Aires hasta la tapia del camino de ronda, y se arrastraría por el caballete como una culebra alrededor de la cárcel hasta el solar? Pero la tapia del camino de ronda de la Fuerza formaba una línea almenada y desigual, subía y bajaba, descendía hacia el cuartel de Bomberos y se elevaba hacia la Casa de Baños, la cortaban varios edificios, y no tenía la misma altura por el hotel Lamoignon que por la calle Parée; por todas partes ofrecía líneas verticales y ángulos rectos; además, en este caso, los centinelas hubieran visto la sombría silueta del fugitivo, y aun así, es inexplicable que Thenardier recorriese este camino. La fuga era imposible, pues, de ambos modos. ¿Thenardier habría inventado algún nuevo medio de evasión? No llegó a descubrirse.

No siempre es posible explicarse las maravillas de una fuga. El hombre que se escapa está inspirado; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la evasión; el esfuerzo que se hace para conseguir la libertad no es menos sorprendente que el vuelo que se da hacia lo sublime, y exclamamos al ver la evasión inverosímil de un ladrón: —“Cómo ha podido escalar esta pared?”, como decimos de Corneille: —“¿Quién le inspiró la frase sublime *Qu' il mourût?*”

Sea como fuese, Thenardier, goteando sudor y empapado de lluvia, con la ropa destrozada, con las manos desolladas y con los codos ensangrentados, había llegado á lo que los niños llaman en su lenguaje figurado *el corte* de la pared ruinosa, y allí, agotadas sus fuerzas, se tendió á lo largo. La altura vertical de un tercer piso le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenía era muy corta.

Allí esperaba pálido, rendido, sin esperanza, en la oscuridad de la noche, pero temiendo el próximo amanecer del día y aterrizado con la idea de oír dentro de algunos instantes dar las cuatro en el reloj inmediato de San Pablo, á cuya hora relevarian al centinela, le encontrarían dormido y verían el techo agujereado; y miraba con estupor á la luz de los faroles la profundidad terrible del suelo mojado y negro, del suelo de la calle, tan deseado y tan espantoso, que era para él la muerte ó la libertad.

Se preguntaba si sus cómplices de evasión la habrían conseguido, si le esperarían y si acudirían á auxiliarle. Escuchaba sin cesar, pero desde que estaba allí nadie había pasado por la calle, ex-

ceptuando una patrulla. Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy, que iban al mercado, bajaban por la calle de San Antonio.

Dieron las cuatro y Thenardier tembló. Poco después, el rumor confuso que sigue á una fuga descubierta estalló en la cárcel. A poco rato llegó á sus oídos el ruido de puertas que se abren y se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncadas voces de los carceleros y el choque de las culatas de los fusiles en los patios. Algunas luces subían y bajaban á las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corría por el último piso del Edificio Nuevo; habían llamado á los bomberos del cuartel inmediato; sus cascos, que iluminaban las antorchas en medio de la lluvia, iban y venían por los tejados; al mismo tiempo veía Thenardier, por el lado de la Bastilla, pálida claridad que blanqueaba lúgubramente la parte baja del cielo.

Estaba, pues, el bandido acostado en lo alto de una pared de diez pulgadas de ancha, sufriendo el viento y la lluvia, sin poder moverse, entre dos abismos, uno á cada parte, temiendo el vértigo de una caída posible y el horror de una prisión segura. Atemorizado por la angustia de su situación, vió de pronto en la calle, oscura aun, á un hombre que se deslizaba á lo largo de la pared, viniendo de la calle de Parée, y que se detenía en la rinconada, encima de la que él se veía como suspendido. A aquel hombre se le juntó otro, que andaba con la misma precaución; después llegó un tercero y después se les reunió un cuarto. Cuando estuvieron juntos, uno de ellos levantó el picaporte de la puerta de la empalizada y entraron los cuatro al recinto en que estaba la casa pequeña. Se encontraban precisamente debajo de Thenardier.

Los cuatro hombres habían escogido indudablemente aquella rinconada para poder hablar sin que les vieran los transeúntes, ni el centinela que vigilaba la puerta pequeña de la cárcel de la Fuerza, á pocos pasos de allí.

Debemos confesar que el centinela, por no mojarse, se había escondido en la garita.

Thenardier no podía distinguir las caras de aquellos hombres; pero prestó oído á lo que iban á hablar, con la atención desesperada del miserable que se ve perdido.

El antiguo bodegonero sintió pasar algo por delante de sus ojos, parecido á la esperanza, al oír que aquellos hombres hablaban en caló.

El primero decía en voz baja, pero clara:

—Vámonos; qué hacemos aquí? (1)

El segundo respondió:

—Llueve para apagar el infierno; los polizontes vendrán, y allí hay un soldado de centinela: mira que nos pueden prender (2).

Estas dos palabras, que pronunciaron aquellos hombres, *icigo* é *icicaille*, pertenecen, la primera al caló de las barreras y la segunda al caló del barrio del Temple, y fueron un rayo de luz para Thenardier. En la primera reconoció á Brujon, que era un vago de las afueras, y en la segunda á Babet, que, entre sus varios oficios, tenía el de prendero del Temple.

El antiguo caló del gran siglo no se hablaba ya en dicho barrio, y Babet era el único que lo sabía hablar con toda su pureza. A no ser por esto, Thenardier no le hubiera conocido, porque desfiguraba la voz completamente.

Otro de aquellos hombres dijo, tomando parte en la conversacion:

—Nada nos apremia todavía; esperemos un poco. ¿Quién sabe si nos necesitará?

En este lenguaje, que era el francés ordinario, Thenardier conoció á Montparnasse, que le complacía conocer toda clase de caló, pero que no quería hablarlo. El cuarto de aquellos hombres callaba, pero le denunciaba su ancha espalda. Thenardier comprendió en seguida que era Traga-mar.

Brujon replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja:

—¿Qué estás diciendo? El bodegonero no habrá podido escaparse. No conoce bien el oficio. Se necesita ser muy duchos para hacer tiras de la camisa y rasgar las sábanas para hacer una cuerda, para agujerear las puertas, falsificar documentos y llaves, romper grillos, atar la cuerda por fuera y esconderse y disfrazarse. Ese viejo no lo habrá conseguido. No sabe trabajar.

Babet añadió, siempre en el caló clásico que hablaban Poulailler y Cartouche y que es respecto al caló atrevido, nuevo y brillante que hablaba Brujon, lo

que la lengua de Racine es á la lengua de Andrés Chenier:

—Desengáñate; el bodegonero habrá caído en el garlito. Para fugarse se necesita ser muy largos y él es un aprendiz. Le habrá engañado algún soplón, ó tal vez algún borrego se habrá hecho su compadre. Montparnasse, ¿oyes esos gritos? ves esas luces en la cárcel? Pues eso es que lo han atrapado. Ya tiene para veinte años de presidio. Ya sabes que nunca tengo miedo, pero conozco que no podemos hacer nada por él, y si nos empeñamos, nos harán bailar. No te incomodes y vente con nosotros á beber aguardiente.

—No se debe abandonar á los amigos cuando están en peligro, replicó Montparnasse.

—Te digo que lo han atrapado. No podemos ya hacer nada por él. Vámonos, que me figuro que á cada momento me van á echar mano los corchetes.

Montparnasse oponía ya débil resistencia. El hecho era que los cuatro hombres, con esa fidelidad que hace que los bandidos no se abandonen unos á otros, estuvieron rondando toda la noche alrededor de la cárcel de la Fuerza, á pesar del peligro que corrían, con la esperanza de ver salir á Thenardier por algún tejado.

Pero la noche, magnífica para ellos, era de lluvia y viento y poco á propósito para que nadie transitase por las calles; y los impulsaba á retirarse el frío que los entumecía, su ropa mojada, su calzado roto, las horas que habían pasado, el ruido que oyeron en la cárcel y las patrullas que habían visto. Hasta el mismo Montparnasse, que era algo yerno de Thenardier, cedía ya. Thenardier estaba anhelante en lo alto de la pared, como los náufragos de la *Medusa* en la balsa viendo pasar el buque y desaparecer en el horizonte.

No se atrevía á llamarlos, porque si oían sus gritos podía perderse y perderlos; de pronto, como un relámpago, le iluminó una idea desesperada. Sacó del bolsillo el cabo de la cuerda de Brujon, que había desatado de la chimenea del Edificio Nuevo, y la tiró en el recinto de la empalizada.

La cuerda cayó á los pies de los cuatro hombres.

—Una cuerda! exclamó Babet.

—Mi cuerda! replicó Brujon.

—Pues por aquí está el posadero, dijo Montparnasse.

(1) Nagémonos. Qué querelamos *icigo*?

(2) Bisela hasta apagar el benquistano; los ganchos avillarán, y allí hay un jundo aplacerado á la caba: diquela que nal esgabarras mangué *icicaille*.

Los ladrones levantaron la vista y Thenardier asomó un poco la cabeza.

—Pronto! exclamó Montparnasse: ¿tienes el otro pedazo de la cuerda, Brujon?

—Sí.

—Ata los dos cabos, le echaremos la cuerda, la sujetará á la pared y podrá bajar.

Thenardier se arriesgó á decir algo:

—Estoy transido, helado.

—Luego te calentarás.

—No puedo moverme.

—Deslízate por la cuerda y nosotros te recibiremos.

—Tengo las manos hinchadas.

—Solo tienes que atar la cuerda á la pared.

—No podré.

—Entonces es preciso que uno de nosotros suba, dijo Montparnasse.

—Tres pisos! exclamó Brujon.

Una cañería antigua de barro y de yeso, que sirvió en otros tiempos de conducto de chimenea á la cocinilla de la casucha, subía á lo largo de la pared casi hasta el sitio donde estaba Thenardier.

—Por ahí se podría subir, observó Montparnasse.

—Por ese tubo? exclamó Babet. No puede un hombre; un chico, sí.

—Solo puede subir un muchacho, añadió Brujon corroborando.

—Dónde vamos á encontrarle ahora? dijo Traga-mar.

—Esperadme, repuso Montparnasse. Yo tengo lo que necesitamos.

Dicho esto abrió con suavidad la puerta de la empalizada, se aseguró de que no pasaba nadie por la calle, volvió á cerrar la puerta y salió corriendo en direccion á la Bastilla.

Transcurrieron siete ú ocho minutos, que parecieron siglos á Thenardier, durante los que Babet, Brujon y Traga-mar estuvieron callados. Abrióse al fin la puerta y entró muy sofocado Montparnasse conduciendo á Gavroche. Continuaba lloviendo y la calle estaba desierta.

Gavroche entró en la empalizada y miró á los bandidos con aire tranquilo. El agua le caía á chorros del cabello.

Traga-mar le dirigió la palabra:

—Chaval, eres hombre?

Gavroche se encogió de hombros y respondió:

—Un chiquillo como yo es hombre, y hombres como vosotros son chiquillos.

—¡Bien cortada tiene la lengua el chaval! exclamó Babet.

—Los chicos de Paris no son tontos, añadió Brujon.

—¿Qué hace falta? preguntó el pilluelo.

—Que trepes por ese caño.

—Con esta cuerda, añadió Babet.

—Y que la ates á la traviesa de la ventana.

—Y despues? preguntó Gavroche.

—Nada más, dijo Traga-mar.

El pilluelo examinó la cuerda, la cañería, la pared, las ventanas, é hizo el inexplicable y desdeñoso ruido con los labios que significa:

—Vaya una gran cosa!

—Allá arriba, en lo más alto, hay un hombre, al que tienes que salvar, le manifestó Montparnasse.

—Quieres? le preguntó Brujon.

El muchacho, sin volverle contestacion, se quitó los zapatos.

Traga-mar cogió á Gavroche por un brazo, le subió sobre el tejadillo de la pequeña casa, cuyas tablas carcomidas cedían al peso del pilluelo, y le entregó la cuerda que Brujon habia empalmado en el poco rato que Montparnasse estuvo ausente de allí.

El pilluelo se dirigió al tubo, en el que era fácil penetrar por una abertura ancha que tenia junto al tejado. Al ir á trepar, Thenardier, que vió próxima su salvacion, se inclinó hácia fuera de la pared; la primera claridad del dia blanqueaba su frente, que estaba inundada de sudor, sus pómulos lívidos, su nariz afilada y su erizada barba gris; Gavroche, al conocerle, exclamó:

—Calla! Si es mi padre!... Vaya! ¡lo mismo dá!...

Cogió la cuerda con los dientes y empezó resueltamente á ascender, hasta que llegó á lo alto del paredon, montó en él como en un caballo y ató fuertemente la cuerda á la viga superior de la ventana.

Poco despues Thenardier estaba ya en la calle: en cuanto puso los piés en el suelo y se vió fuera de peligro ya no se sintió ni cansado, ni transido, ni tembloroso: las ideas lúgubres que le inspiraba la angustiosa situacion en que antes se veía se desvanecieron en él como el humo: despertóse su extraña y feroz inteligencia y se encontró en pié y libre y dispuesto á ir adonde ésta le encaminase. Hé aquí las primeras palabras que pronunció Thenardier:

—Y ahora, qué vamos á comer?

El sentido horrible de esta frase, terriblemente clara, es el de matar, asesinar

y robar á la vez. *Comer* significa *devorar*. —Pongámonos de acuerdo, le contestó Brujon. Despachemos en pocas palabras y separémonos en seguida.

—Se presenta un negocio que tiene buena cara en la calle Plumet, que está aislada, desierta y cerrada por una verja podrida; casa de mujeres solas...

—Y por qué no lo trabajamos? preguntó Thenardier.

—Tu hija Eponina fué á verlo, respondió Babet.

—Y dió un bizcocho á la Magnon, añadió Traga-mar. No hay nada que maquilar allí.

—Mi hija no es gilí, replicó Thenardier, pero bueno será verlo.

—Sí, sí, dijo Brujon; bueno será verlo.

Mientras aquellos hombres se confabulaban, ninguno de ellos se acordó de Gavroche, que se habia sentado en uno de los guardacantones de la empalizada, en la que acaso estaba esperando que su padre se volviese hácia él; pero al ver que no le hacia caso, se puso los zapatos y dijo:

—Si no tengo otra cosa que hacer, ya os he sacado del apuro y me voy. Tengo que despertar á mis párvulos.

Despues que habló así el pilluelo se fué.

Los cinco hombres salieron uno detrás de otro de la empalizada. Cuando Gavroche desapareció por la esquina de la calle de Ballets, Babet, llevándose á Thenardier aparte, le preguntó:

—Te has fijado en el chaval?

—En qué chaval?

—En el que ha trepado hasta lo alto de la pared y te ha subido la cuerda.

—No me he fijado en él.

—No lo aseguraré, pero me parece que es tu hijo.

—Bah! dijo Thenardier. Lo crees tú?

LIBRO SÉPTIMO.

El caló.

I.

Origen.

Pigritia es una palabra terrible. Engendra un mundo: el *piger*, esto es, el robo, y un infierno, el *pigror*, esto es, el hambre.

TOMO II.

De modo que la pereza es una madre que tiene un hijo que se llama el robo y una hija que se llama el hambre.

Vamos á ocuparnos del caló. ¿Qué es el caló? Es á un tiempo nacion é idioma; es el robo bajo dos especies: pueblo y lengua.

Cuando hace ya muchísimos años el autor de esta grave y sombría historia introdujo en uno de sus libros (1) á un ladron hablando en caló, produjo asombro y se suscitaron los siguientes clamores:

—¡Es escandaloso hablar en caló en un libro!

—Eso es horrible! ¡Esa es la lengua de la chusma, del presidio, de la cárcel, de lo más abominable de la sociedad!

Nunca hemos podido comprender semejantes objeciones.

Despues de nosotros, dos grandes novelistas, uno de ellos observador profundo del corazon humano y el otro intrépido amigo del pueblo, Honorato Balzac y Eugenio Sué, hicieron hablar á los bandidos en su lengua natural, como hizo en 1828 el autor del *Ultimo dia de un reo de muerte*, y promovieron las mismas reclamaciones.

Repitióse como antes:—“¿Qué se proponen los autores al hablar en esa jergonza repugnante? ¡El caló es odioso y hace estremecer!”

Quién lo niega? Tienen razon; pero cuando se trata de sondear una llaga, un abismo ó una sociedad, ¿es acaso una falta penetrar muy adentro y llegar hasta el fondo? Muchas veces hemos creído, por el contrario, que esto era un acto de valor, ó por lo menos una accion inocente y útil, digna de la atencion simpática á que es acreedor el deber aceptado y cumplido. ¿Por qué no hemos de explorarlo y de estudiarlo todo? ¿Por qué nos hemos de parar en el camino? Pararse es efecto de la sonda, no del que sondea.

Verdaderamente no es empresa cómoda ni halagüeña ir á buscar en la última capa del orden social, en la que concluye la tierra y empieza el cieno, registrando en esas aguas espesas, y perseguir, coger y arrojar palpitante á la superficie el idioma abyecto que gotea lodo cuando se saca á la luz, el vocabulario pustuloso, en el que cada palabra parece un anillo inmundo de un monstruo de lodo y de tinieblas. Nada es tan lúgubre como contemplar desnudo, á la

(1) El *Ultimo dia de un reo de muerte*.